



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

La idea de decadencia y quebranto –debilidad, atonía, depauperación, impotencia, atraso, malos gobiernos– que los franceses tuvieron de España desde antiguo se acrecentó durante la Revolución. La propaganda revolucionaria, al acentuar el peligro de una intervención española, distorsionó aún más la visión negativa de España con una campaña que fue más bien de desinformación. La caída de la Monarquía en Francia, lograda con tan inusitada facilidad, aumentó las expectativas de los revolucionarios. En su opinión, las dos naciones tenían que unirse para derribar a los Borbones de un trono desde el que podían perturbar la libertad francesa al mismo tiempo que oprimían la de España.

Y en esta dirección, la propaganda revolucionaria tanto dentro como fuera del país orquestó una campaña contra el Reino de España que exageraba aún más su estado de decadencia: su empobrecimiento, su despoblación, su sumisión a Roma, su oscurantismo propiciado por la arbitrariedad de los gobiernos y la Inquisición. De esta forma, los prejuicios y falsos presupuestos existentes con anterioridad sobre España y los españoles se hicieron más generales. Y al final fue la guerra contra la Convención, iniciada en 1793, la que puso de manifiesto la penosa situación en que se encontraba España. Una realidad que en absoluto pasó desapercibida al joven Bonaparte, que, en aquella guerra, precisamente, se dio a conocer en Tolón, cuando los españoles la asediaban.

AVISO A LOS ESPAÑOLES

A finales de 1792, meses después del asalto a las Tullerías, del que el propio Napoleón fue testigo, la *Chronique de Paris* anunciaba la publicación de varios escritos sobre España. Se orquestaba por parte de los girondinos una guerra de propaganda contra los pueblos extranjeros. Entre los innumerables papeles impresos con este fin llamó la atención un folleto de extensión regular que tenía el título de “Avis aux Espagnols”, del que se encargaron tres mil copias impresas. Su objetivo final apuntaba a la regeneración del reino de Carlos IV por la Francia revolucionaria.

El folleto había salido de la pluma de un personaje relevante del siglo de la razón: Condorcet, matemático, miembro de la Academia de las Ciencias y gran ilustrado, “el último de los filósofos”, según la expresión de Michelet. La publicación, una vez más, divulgaba la idea de que España había sido arruinada por las dinastías austriaca y borbónica, que desde el siglo xvi habían gobernado el país de acuerdo con los intereses de Austria y de Francia. Y señalaba que el nacimiento de la República francesa proporcionaba la oportunidad a España de sacudir su miseria. “¿Por qué no se unen las dos naciones (...) para derribar a los Borbones de un trono desde el cual pueden perturbar la libertad francesa, al tiempo que oprimen la de España?”

Era aquél un momento en el que, tras la detención de Luis XVI, los dirigentes revolucionarios temían una intervención española. El folleto –que llegaba a proponer la convocatoria de unas Cortes o una “Convención nacional”– llegó a España. Y poco después, en diciembre, una real orden prohibía expresamente su circulación.

Para lograr su objetivo propagandístico, el folleto tenía que ser traducido. Y el gobierno revolucionario encargó dos traducciones, una en París y otra en Madrid. La primera, titulada “Aviso a los españoles”, resultó prácticamente ininteligible. Hasta el punto de que el revolucionario español Andrés María de Guzmán escribió al ministro Lebrun diciéndole que la traducción no parecía estar escrita en español “en modo alguno”, al tiempo que le comunicaba también que su mensaje carecía de aliciente para los españoles. Según Guzmán, el autor debía haber insistido más sobre los males de la miseria en España y tratar de unir la nobleza con el pueblo.

La otra traducción la hizo rápidamente, a instancias del secretario de la Embajada francesa en Madrid, el agente francés de la misma N. Carles. Su traducción era mejor que la de París. Incluso el título, “Advertencia a los españoles” por Condorcet, parecía más apropiado. En el mismo mes de diciembre, su traductor, no encontrando en Madrid quien emprendiese una tarea tan arriesgada, encargó la impresión de seis mil copias de ella en Bayona, a donde llegó el mes de enero de 1793 para ocuparse de la distribución a través de las fronteras de Aragón y Cataluña.

La “Advertencia” no tardó en entrar en España. El propio alcalde de Bayona, Jean-Pierre Basterrèche, comerciante joven y girondino, que co-



La toma de la Bastilla según un grabado del siglo xix

no sabía a muchos españoles, se prestó muy eficazmente a la tarea. Por sus manos pasaban los despachos de la Embajada francesa en Madrid. Varios ejemplares fueron dirigidos al seminario de Vergara y a su profesor el poeta Samaniego. Y otros fueron secuestrados por la Inquisición, que vio en ellos más que la “mina para la insurrección de estos Reinos de España..., la mecha para su explosión”.

El famoso folleto de Condorcet, más allá de su carga revolucionaria, que desde luego defraudó a los revolucionarios españoles existentes en Francia, repetía, por otra parte, los mismos clichés sobre España existentes en el Siglo de las Luces, y que eran compartidos ante todo por los girondinos. A España se le presentaba como un país despoblado y empobrecido, a pesar de la riqueza natural de su suelo. Y las causas que se daban de ello eran las de siempre: la sumisión a Roma, los sufrimientos experimentados por el país desde los tiempos de Carlos V, la guerra de Sucesión, los Pactos de Familia. Y, en aquellos momentos, el gobierno “escandaloso y dilapidador” de los Borbones.

Se trataba de los tópicos genéricos de siempre, que se comprende que no gustaran, por su banalidad, a los “patriotas” españoles revolucionarios. Hasta el punto de que el agente francés Carles, a su salida de España, después de la declaración de la guerra de la Convención, confesaría al ministro Lebrun que los “patriotas” españoles partidarios de la Revolución habían disminuido su fervor por ésta, aun cuando los revolucionarios españoles existentes en Francia seguían anhelando la regeneración de España. Pues en aquel mismo mes de diciembre el revolucionario Marchena, que se carteaba con los girondinos –y que en 1808 entró en España con las tropas de Napoleón– envió al propio ministro Lebrun una copia de su “A la nación española”, en donde decía que “la España está a diez mil leguas de la Europa y a diez siglos del décimo octavo”.

* * *

Luis XVI fue ajusticiado en enero de 1793. Y el 7 de marzo de 1793 la Convención declaró la guerra a España. En las semanas que precedieron a la guerra, la Convención envió en misión especial al ciudadano Chantreau, que había vivido largo tiempo en el país antes de la Revolución, y había redactado hasta una gramática hispano-francesa. El resultado de su viaje fueron las *Lettres écrites de Barcelonne à un zélateur de la liberté qui voyage en Allemagne*, publicadas en París el mismo año de 1793. Y, una vez más, como todos los otros viajeros, dio una visión completamente superficial de España, abundando en los mismos tópicos de siempre. A los que añadía la presencia de los emigrados realistas franceses y de los frailes: “Sólo he visto, como cosa negra, tres o cuatro enjambres de sacerdotes que se paseaban con los brazos cruzados, contemplando las ricas mieses cuya sustancia más preciosa devoran periódicamente”.

Otro de sus ataques lo dirigía contra la Inquisición. E indignado por la declaración de Bourgoing, según la cual las personas que aparentaban externamente acatar la religión católica no tenían razones para temer, lo contradecía puntualmente. Pensando en sus amigos revolucionarios, no dudaba en señalar la gran equivocación de aquél, que, evidentemente, no había vivido bajo el yugo inquisitorial. Porque, según su testimonio, él había vivido durante quince años el tormento de no atreverse ni siquiera a confiar-

se ni aun en su esposa, por temor a que algún fraile insidioso le convirtiera en delatora, a pesar suyo. Y recordaba con tristeza que, durante quince años, para evitar esta desgracia y otras peores, “me entregué a todas las puerilidades que, siguiendo a sus sacerdotes, los buenos y crédulos castellanos llaman devoción”.

Al ciudadano Chantreau se debe también un libelo denigrativo, que apareció en París aquel mismo año, contra la reina de España, “Vie politique de la reine Marie Louise”. Se trataba de una provocadora invectiva contra la reina española, a la que se atribuía todo género de vilezas y amóríos con personajes de la Corte, empezando por el conde de Teba. El libelo llegó a circular clandestinamente por Madrid, Y, según se dijo entonces, fue una de las razones por las que se arrestó a Malaspina, que había hecho algunos comentarios sobre aquel escrito que, por otra parte, daba una pobre imagen de la Corte y del Gobierno de España.

La visión estereotipada de España, tan arraigada en Francia, se prodigó aún más durante los años de la Revolución. Todo se valoró de forma bien negativa. Una actitud muy general, de la que participaron en primer lugar los mismos diplomáticos que recorrieron el país. Uno de ellos, por cierto, el barón Krüdener, antes de llegar a Madrid, ya decía en sus cartas que la capital española era “el rincón de Europa más caro, no desde luego por las comodidades y el lujo, que eran inexistentes, sino por las cosas de primera necesidad”.

Con tantas coincidencias por parte de unos y otros, cualquier aventurero revolucionario podía pensar que el reino español de los Borbones era apto para su regeneración. Y, de momento, la guerra de la Convención con España, en su fase final, parecía darle la razón. No deja de ser curioso, por cierto, que fue solo un emigrado realista, el marqués de Marcillac, quien luchó con los españoles, el único que se obstinó en demostrar lo contrario de esta imagen peyorativa de España existente entre sus compatriotas en varios escritos. El último de los cuales –una historia de la guerra entre Francia y España durante los años 1793, 1794 y 1795– lo escribió en 1808. En su opinión el “filosofismo” había deformado las obras escritas en francés sobre España. Razón por la cual se proponía hacer la apología de este país a título de imparcialidad y de reconocimiento. Así no dudará en decir que “l’Espagnol d’aujourd’hui est le même que celui du temps de Charles Quint”.

“Allí habrá de cogerle la Historia para no soltarlo ya –dice Las Cases en el *Memorial*–. Allí empieza su inmortalidad”. Y, efectivamente, en plena guerra de España con la Convención, Napoleón se hizo conocer por vez primera en lucha directa con ingleses y españoles. Por fortuna para la República, los coaligados cometieron el error de no valorar suficientemente la importancia de la conquista de Tolón. No vieron más que una plaza fuerte que defender cuando su posesión podía ejercer una influencia inmensa en la marcha general de la guerra. Era nada menos que una base de operaciones para un ejército enemigo que operaba en el Mediodía de Francia.

A finales de agosto de 1793, cuando los hombres del Antiguo Régimen, que mandaban en Tolón, decidieron entregar la flota y la ciudad a los coaligados (ingleses y españoles), la situación era muy difícil para la Convención. Lyon había enarbolado la bandera blanca; la guerra civil estaba mal dominada en el Languedoc y en Provenza; el ejército español, victorioso, había pasado los Pirineos e inundaba el Rosellón. Y, por su parte, el ejército piemontés había franqueado los Alpes, encontrándose a pocos días de Lyon.

Desde luego, con su pasión napoleónica característica, tenía razón Stendhal al decir en sus *Memorias* de Napoleón que si treinta mil ingleses, sardos, españoles, napolitanos se hubiesen unido en Tolón a doce mil federados, este ejército de cuarenta mil hombres, con una base tan importante, habría podido muy bien subir el Ródano y llegar hasta Lyon. De tal manera que, entonces, habría enlazado por su derecha con el ejército piemontés y por la izquierda con el ejército español. Pero, evidentemente, en aquellos días, estas ideas de gran guerra que las campañas de la Revolución habían hecho nacer, parecían quiméricas a los viejos oficiales que dirigían los ejércitos de la coalición.

Ésta fue la gran diferencia con el joven capitán Bonaparte, quien hablando en Santa Elena del “arte singular” de la guerra decía que, después de haber dado sesenta batallas, “nada he aprendido que no supiese desde la primera”. Y, efectivamente, los historiadores están de acuerdo en que nunca como en el sitio de Tolón, su primera batalla, dio el joven capitán

mayores muestras de intrepidez. La defensa del “Petit Gibraltar”, expuesto a intensos bombardeos, fue extraordinaria. Lo mismo que la toma de la plaza y la incapacidad de ingleses y españoles de mantenerla.

En su primera batalla Napoleón entró en contacto, por primera vez, con los españoles. En plena campaña exitosa contra Francia –en su primera fase– la flota española, mandada por el teniente general Lángara, que apoyaba desde el mar las operaciones, acudió en socorro de los tolonenses levantados contra la Convención. La flota, compuesta por 19 navíos, se presentó ante la ciudad el 28 de agosto. Corría el año de 1793.

Nacido en La Coruña pero de origen vasco, Lángara era uno de los más competentes marinos españoles. Había sido discípulo de Jorge Juan. Y, efectivamente, su gestión militar y política acreditó en él un gran tacto. Desde el primer momento, ordenó el desembarco de un destacamento de 1.000 hombres, que ocupó los fuertes exteriores. Para la operación, parte de los buques españoles y británicos recogieron tropas en Gibraltar, Cataluña, Génova y Nápoles, y en poco tiempo se reunió allí una fuerza de 16.000 hombres para hacer frente a los revolucionarios.

Mientras la escuadra quedaba en la rada, el mando de las tropas de tierra se confió a los generales O’Hara, por parte británica, y Gravina, por la española. Para proteger la escuadra anglo-española de la artillería de aquéllos, se llevó a cabo la construcción de un fuerte atrincheramiento en L’Eguillete, que los franceses llamarían el “Petit Gibraltar”, considerado por Bonaparte como la llave de Tolón. En la dura resistencia ante los ataques, que se incrementaron durante el mes de octubre, cayó gravemente herido Gravina, que fue promocionado al grado de teniente general de la Armada. Y hasta los tolonenses le ofrendaron una corona de laurel. “Este homenaje sencillo y modesto –proclamaron los comisarios que fueron a llevársela al lecho en que yacía– es muy propio de guerreros que más bien combaten por la humanidad que por la gloria: haced partícipes de él a los compañeros de vuestras armas, a aquellos generosos soldados dignos de pelear a las órdenes de un jefe tan intrépido”.

Los historiadores coinciden en que faltó un mayor esfuerzo por parte de los aliados para que Tolón se hubiera mantenido en sus manos. Los 16.500 hombres que la guarnecían (7.000 españoles, 5.000 napolitanos, 2.000 ingleses, 1.500 sardos y 1.000 franceses, guardias nacionales de la plaza) hu-

bieran debido cuadruplicarse para lograr sus objetivos. De tal manera que, de haberse reunido, por ejemplo, un ejército de 60.000 hombres, Tolón se hubiera convertido en una cabeza de puente de la Francia monárquica contra la República.

Pero el fracaso de los aliados se hizo manifiesto ante su descoordinación. En una de sus cartas al marqués de Iranda, don Vicente Maturana, testigo de los acontecimientos, manifestó claramente las pocas simpatías que los ingleses inspiraban a los españoles. “Por fin –dice– hemos sabido del gobernador inglés O’Hara, que en la salida de ayer, más que de general, hizo las veces de capitán de miqueletes, pues le hicieron prisionero casi solo, habiendo echado a correr delante sin ton ni son con las tropas más avanzadas y quedándose por allá, aun después de haber mandado la retirada”.

Finalmente, el 17 de diciembre, el “pequeño Gibraltar” fue asaltado con éxito a pesar de la fuerte resistencia, particularmente, de los españoles. La plaza fue evacuada tras el incendio del arsenal y de los buques franceses que no pudieron salir del puerto. Y Lángara, asistido por el general Valdés, no dudó en acoger en sus barcos a cuantos refugiados, amenazados por las represalias de la Convención, pudieron tener cabida en ellos. Ejemplo que fue seguido, más tardíamente, por el almirante inglés.

La “inmortalidad” de Napoleón, efectivamente, comenzó en Tolón, luchando con la escuadra española, con los españoles que desembarcaron en tierra y con el “pequeño Gibraltar”. Tres veces le mataron el caballo que montaba. Su plan dio la medida de su genio: apoderarse del fuerte de L’Eguillette, cañonear desde lo alto de las colinas la escuadra angloespañola y obligarla a evacuar la rada. El paso siguiente sería la victoria, una vez que las guarniciones, al no poder esperar ya la ayuda de la flota, abandonasen los fuertes para regresar a los barcos. En la lucha, Bonaparte se percató del valor de los españoles. Lo manifiesta en la memoria que presentó poco después (*Notes sur la position de nos armées de Piémont et d’Espagne*), en la que afirmaba que una guerra en España sería larga y costosa, y exigiría fuerzas considerables en razón del espíritu nacional que anima a los españoles. Una consideración –ha señalado por su parte el historiador Jean Tulard– que el emperador olvidará en 1808.

Los éxitos españoles iniciales conseguidos en la guerra contra la Convención a lo largo de 1793, y su comportamiento en la defensa de Tolón, explican suficientemente el comentario en sus *Notes* del joven general Bonaparte. Un comentario que no llevó a la práctica en 1808, porque el desenlace posterior de la guerra del Rosellón le convenció de la debilidad militar de los españoles. Pero muy pronto, prácticamente desde el principio, cuando los españoles del general Ricardos llevaron la iniciativa, al nuevo general de la República no debieron pasarle desapercibidos sus errores. Y, muy particularmente, la escasez de medios y la imprudencia de sus ataques. Algo que sabía de muy buena tinta por el propio general Dugommier, a cuyas órdenes había obtenido la victoria de Tolón, después de lo cual recibió el mando del ejército del Pirineo contra los españoles. Dugommier había sido, además, quien propuso el ascenso para el joven Bonaparte. “Hay que recompensarle y ascenderle. Si fuésemos ingratos con él, ese oficial ascendería por sí solo”, escribió al ministro de la Guerra.

Durante la guerra con España, Napoleón se apercibió, confirmando sus prejuicios anteriores sobre España, de que la lucha la emprendía ésta bajo el impulso fundamental del clero y la nobleza. El primero mediante una actividad intensa de adoctrinamiento y de control. Y el segundo porque, en defensa del Antiguo Régimen, dominaba plenamente el ejército. Un ejército que, a diferencia del suyo, no era en ningún modo “nacional”. Y que se había reclutado a base de quintas y levas forzosas de gente indeseable, con el consiguiente endurecimiento de las penas contra la indisciplina y la desertión.

A ningún observador podía resultarle ajena la incapacidad del gobierno a la hora de preparar el ejército. En teoría se preparó un contingente de más de cincuenta mil hombres, pero las tropas realmente disponibles fueron muy inferiores. Hasta el punto de que el general Ricardos comenzó su sorprendente campaña con menos de cuatro mil soldados. Realmente lo que nunca supo Napoleón fue hasta qué punto eran disparatadas las ideas de los españoles. Pues el gobierno español había previsto incluso un plan de campaña consistente en el desembarco en un puerto de Normandía de un contingente de 36.000 hombres para atacar desde allí París.

El propio gobierno español no entendió tampoco el significado del movimiento, verdaderamente nacional, que provocó la declaración de la guerra. Lo constata las Memorias de Godoy: “el levantamiento en masa, ni fue ofrecido por los pueblos, ni había caudales para emprenderlo, ni nación alguna lo emprendió en un principio”. De la misma manera que tampoco fue consciente de las dificultades materiales para dotar convenientemente al ejército y aumentar sus efectivos humanos. Al gobierno le preocupaba más la aparición de pasquines, en donde se hacía patente la inquietud ante la ineficacia española y los éxitos de los revolucionarios, que la atención a la guerra.

Pero luego había otros elementos que, desde el punto de vista de un general de la Revolución, eran también importantes. E incluso no les pasaron por alto a algunos generales españoles desde el principio. Tal fue el caso, por ejemplo, del conde de Aranda, cuando, a comienzos de 1793, dio las razones para oponerse a la guerra en un amplio memorándum, que fue expuesto ante el propio rey durante un turbulento Consejo de Estado en marzo de 1794, cuando se preparaba la nueva campaña.

El dictamen de Aranda, cuyo texto circuló clandestinamente, implicaba una profunda reflexión sobre la guerra contra la República francesa, en donde al tiempo que argumentos militares se tenían en cuenta otros de tipo político, muy importantes. El dictamen, que recoge el historiador Muriel, se planteaba sencillamente la conveniencia de dar fin a la guerra. “En la parte política —señalaba el documento— deberían considerarse muchos puntos; es a saber: si la guerra es justa y si, dado el caso que lo sea, habría conveniencia y utilidad en promoverla; si es indispensable el hacerla; si nos resulta de ello interés o si otros habrán de ser los que saquen provecho; si deberemos empeñarnos en la guerra por razones de amistad o parentesco; si hay obligación contraída por Tratados auxiliares de Potencia a Potencia; si puede ser excusable haber entrado voluntariamente en tan grave empeño, no hallándose la nación en situación favorable para él”.

Si los propios generales españoles tenían sus dudas sobre la conveniencia política de la guerra y sobre sus graves dificultades, el joven Bonaparte, recién nombrado general de la República, intuía perfectamente los mismos argumentos expuestos en su dictamen por el viejo general Aranda, que tan bien conocía a los franceses. Pues, insistiendo en el con-

traste entre los ejércitos enfrentados, entendía que se trataba de una guerra empeñada “contra un pueblo inmenso, donde el espíritu de libertad e independencia se había desarrollado como en los grandes tiempos de la Grecia y de la Italia; guerra desigual, donde a los soldados-máquinas y siervos oponía la Francia, por centenas de millares, ciudadanos inteligentes y abrasados en amor de la patria; guerra en que pueblos viejos y lla-gados bajo el yugo y bajo el palo de sus dueños se las tenían que haber contra falanges de hombres nuevos, recién emancipados y con el primer ardor del fuego democrático”.

Las consideraciones de Aranda eran las mismas que, salvadas las distancias, dominaban la mente y el sentimiento del nuevo general de brigada de la República francesa. El tiempo no tardaría en darle la razón cuando los españoles empezaron a sufrir los mayores reveses. Por si fuera poco, en su dictamen, el viejo Aranda valoraba otro aspecto muy digno de tenerse en cuenta. “Hase de considerar —decía el conde— que los franceses de este año no serán tan inexpertos como en los precedentes, pues se han ejercitado tanto que habrán de traer muchos soldados aguerridos y más entusiasmados que antes (...) Ha sido buena la escuela que han tenido peleando contra los más brillantes ejércitos de Europa, mandados por los generales más experimentados y distinguidos por su saber”.

Aranda se mostraba, con razón, muy desconfiado de la actitud de los soldados españoles, algo que Bonaparte corroboraría por sí mismo con los sucesivos desastres de los españoles en la guerra. El conde temía que los más de los soldados españoles iban atraídos por “inconsiderados enganchamientos” que habían pagado “los que anhelaban que sus nombres vinieran en las Gacetas”. Mientras otros iban movidos por las exhortaciones pastorales y por los agasajos “cómicos” de corregidores y ayuntamientos, lo cual habría aumentado el número sin duda pero no habría mejorado la calidad. “Aléjense estos jóvenes de sus lugares —decía Aranda—, y a medida que van gastando el precio de su enganche, se les enfrían también las voluntades, sin que la escarapela alcance a mantener su ardor”.

La exposición de su memorándum ante el rey le costó al duque de Aranda un fulminante destierro a Jaén, y el arresto en la fortaleza de la Alhambra. Pero el tiempo le daría la razón. Porque la guerra no fue preparada militar y económicamente como debería haberlo sido. Se dejó todo a la

mayor imprevisión. Y, para colmo, la muerte inesperada del general Ricardos, que tan afortunado había sido en la primera fase de la guerra, complicó aún más las cosas. Hasta el punto de que la lucha contra el “impío partido de la infiel, sediciosa y regicida Asamblea de la Francia” más bien parecía hacerse de acuerdo con las consideraciones ascéticas y religiosas propuestas nada menos que por fray Diego José de Cádiz en su famoso opúsculo *El soldado católico en guerra de religión* (Barcelona, 1794), en el que se presentaba como “soldado distinguido voluntario del ilustre y antiguo Regimiento de Infantería de Saboya”.

El desastre de la guerra para las tropas españolas estaba anunciado de antemano. El propio Ricardos lo había predicho ante la inexistencia de refuerzos y la falta de medios para oponerse a las tropas revolucionarias. En su lecho de muerte el general señaló al general O'Reilly como el jefe más apropiado para sucederle. Pero éste murió diez días después, cuando se encaminaba a Valencia. Y el nuevo jefe propuesto, el conde de la Unión —que se había distinguido en la campaña anterior a las órdenes de Ricardos— se negó por tres veces a tomar el mando porque conocía bien el estado de las tropas.

La campaña de 1794 fue exactamente por parte española el reverso de la de 1793. Las tropas españolas perdieron todo lo conseguido el año anterior. Y lo peor fue que los franceses iniciaron la invasión del territorio español, conquistando las plazas de Figueras y Rosas. La concentración de fuerzas en Tolón potenció los efectivos franceses, que se trasladaron al frente pirenaico. La desmoralización y la indisciplina se adueñaron de las tropas españolas ante el empuje del general Dugommier, el vencedor de Tolón. Las promesas de refuerzos hechas por el Gobierno tampoco se cumplieron.

La magnitud del desastre español fue extraordinaria. Casi la totalidad del material de guerra cayó en poder de los franceses ante una retirada imprevista y desordenada. Según el decir del historiador Gómez Arce, cruzaron la frontera “como vulgarmente se dice, con lo puesto”. El cuadro fue lamentable a excepción de las tropas portuguesas que se retiraron más ordenadamente. El general Navarro aceptó la capitulación que le ofrecía Dugommier, por la que éste dejaba marchar a España las tropas españolas pero sin armas, canjeándolas por idéntico número de prisioneros franceses. En la capitulación se exigía la entrega de los franceses acogidos a la ban-

dera española, a quienes se les declaraba como “conspiradores, rebeldes y traidores”. Una obligación que el general español eludió estampando al pie del capítulo la frase de “no se cree que haya alguno”.

Al final el tratado fue incumplido por los españoles. Ante lo que el general francés pidió a la Convención el decreto de “guerra a muerte”, anunciándose que “en adelante no serán hechos más prisioneros españoles”. Vergonzosa fue la entrega sin lucha de la fortaleza de Figueras, que los franceses calificaron de “belle inutile”. Y que fue estimada por el consejo de guerra, reunido en Barcelona, contra el brigadier Torres como “indecorosa, vil e ignominiosamente criminal”. Considerada como inexpugnable, y bien pertrechada de hombres y armamento, la *Gazeta de Madrid* llegó a informar que la plaza se había rendido “sin haber precedido ninguna especie de ataque, sublevación, ni otro de aquellos acontecimientos que obligan a la rendición de una plaza”.

En todos los frentes, la retirada de los españoles no se hizo esperar. En el frente occidental, a la caída de Fuenterrabía, que desmoralizó a las tropas, sucedió la de San Sebastián. Y ante las ininterrumpidas derrotas del ejército español en todos los campos cundió el pánico ante la rapiña de los invasores. Un aspecto éste de la “guerra gran” que prefigura los acontecimientos de la guerra futura de 1808 ante la actuación vandálica de los invasores, por una parte, y la acción de las bandas guerrilleras, que, como ocurriría en la guerra napoleónica, fueron mucho más eficaces que las tropas regulares. Pero, a pesar de todo, la riada francesa llegaba a las puertas de Castilla.

En toda España el descontento se hizo manifiesto. En los cafés y plazas de los pueblos se censuraba a los mandos militares cuando llegaban las noticias de los descalabros del ejército. Y de las invectivas populares no se libró ni siquiera el clero. Pues como señalaba un anónimo “se usa del pretexto de la Religión; y en eso los que comen son los ricos, frailes y capellanes, y el pueblo queda arruinado”. La sensación de escasez y pobreza a causa de la guerra llegó a todas partes hasta el punto de que el propio Godoy llegó a reconocer que no se podía exigir más de los pueblos, “ni conviene sacar de ellos más hombres con las miras de conducirlos al ejército”.

El propio favorito fue objeto de todo tipo de pasquines y anónimos que le responsabilizaban de las derrotas militares. En un pasquín exhibido en

Guadalajara en 1794 llegaba a decirse que la reina sacó del cuartel a Godoy “para joderse con él”. Mientras que otro atribuía las derrotas militares a que, lo mismo la reina que el ministro, “estaban vendidos a los franceses” y “puteaban” en el palacio con el consentimiento del rey. Una falta de respeto hacia los monarcas que no tenía precedentes. Y que pone de relieve hasta qué punto llegó el descontento por los desastres de la guerra. La incapacidad de los españoles de hacer frente a la situación no hizo por otro lado más que confirmar los sempiternos prejuicios de los franceses sobre el verdadero estado de España y los españoles.

LA PAZ

Lejos del escenario de la guerra de España, ganada de forma aplastante por la República francesa, el joven Bonaparte no debió comprender la actitud de los negociadores franceses. Como tampoco comprendió probablemente la de su antiguo superior en Tolón, el general Dugommier, que en la guerra del Pirineo consintió en que los españoles no cumplieran las capitulaciones. Emil Ludwig, su famoso biógrafo, ha recreado perfectamente su impaciencia, después de tantas batallas, ante los negociadores: “Qué lentamente hacen las cosas esos diplomáticos alemanes! Desde hace varias semanas se discute hasta bien entrada la noche, y los príncipes no pueden resolverse a firmar lo que un hombre sensato habría hecho en dos horas”.

Teniendo la idea de que “los ministros españoles son demasiado tontos”, como escribió Stendhal, el tratado de paz que siguió a la guerra con España debió parecerle inadmisibles. Toda vez que los desastres de la guerra obligaron al Gobierno español en el verano de 1794 a dar los primeros pasos para un entendimiento con la República francesa. Una iniciativa que obviamente partió de los españoles a pesar de que Godoy atribuyó en sus *Memorias* el “primer paso” al Directorio. Con la particularidad, además, de que aquéllos, fuera por completo de la realidad, propusieron un “plan práctico” que, desde el punto de vista actual, parece hasta lunático.

La guerra estaba irremisiblemente perdida por los españoles. Y, sin embargo, éstos proponían una restauración de la monarquía francesa en la persona de Luis XVII, mientras se ofrecía a la Convención y a sus seguidores un lugar indeterminado en las Antillas donde aquélla “compusiese”



La familia de Carlos IV, por Francisco de Goya y Lucientes.
Museo del Prado, Madrid

el Estado republicano a su gusto. Y, por si fuera poco, el mantenimiento de la religión católica en suelo francés. Un ejemplo de lo que el mismo Stendhal llamaría en su *Vida de Napoleón* “la vieja política estúpidamente pérfida de Felipe II luchando contra el genio tan moderno de Napoleón”. Por supuesto la proposición española –que dice mucho de quienes la hicieron– fue rechazada de plano por los revolucionarios: “entre republicanos y esclavos no debe haber correspondencia sino a cañonazos”, dijeron los comisarios franceses.

Al final, no obstante, la República accedió a negociar las condiciones de la paz a un alto precio. Utilizando como intermediario a Bourgoing –el último ministro que Francia había tenido en Madrid– presentó unas condi-

ciones realmente inadmisibles para los españoles. En principio, la República accedía a la paz con el rey de España siempre que éste revocara todos los actos de adhesión que había hecho a la Coalición. Al tiempo que habría de ceder a Francia, igualmente, Guipúzcoa, Fuenterrabía y el puerto de Pasajes, aparte de abandonar todos los confines en litigio desde el reinado de Luis XIV. Además Carlos IV entregaría la parte española de Santo Domingo, comprometiéndose a proporcionar a Francia una cantidad a fijar de mulos, de corderos y de ovejas merinas.

Como contrapartida a estas concesiones, Francia se comprometía a evacuar los territorios que sus ejércitos habían ocupado en España. Al tiempo que ofrecería a España una alianza ofensiva contra Inglaterra; España pondría a disposición de la República veinte barcos de línea y veinte fragatas, que serían mandadas por franceses. Por su parte, el gobierno francés se mostraba dispuesto a ayudar a España, si ésta se lo proponía, a “reducir a Portugal a su antiguo estado, es decir, a hacer de él una provincia española”, arrebatando de esta forma a Inglaterra “una de sus más preciosas provincias”.

Las pretensiones francesas –que parecían dictadas por Bonaparte– eran extraordinariamente duras. Y así se lo manifestó Bourgoing a los “ciudadanos representantes”. Pues en su opinión, España no cedería Guipúzcoa a no ser que se produjeran nuevos reveses. Y, por su parte, dudaba de las ventajas de su incorporación a Francia, porque los guipuzcoanos, muy aferrados a sus franquicias nacionales, “harían malos ciudadanos franceses”. Al igual que mostraba sus reservas para con Portugal porque, en su opinión, el rey de España no rompería con el país vecino, cuyo príncipe heredero era yerno suyo.

Los tanteos de paz realizados a través de Bourgoing –autor del celebrado *Tableau de l'Espagne moderne*– quedaron finalmente en vía muerta. Y las conversaciones fueron reemprendidas en Basilea por parte de don Domingo de Iriarte –acusado antaño de haber mantenido correspondencia con Voltaire y de haber hecho declaraciones heréticas– y su amigo Barthélemy, el diplomático francés que acababa de ajustar, también en Basilea –“locutorio de Europa” por entonces, según el decir del historiador Murriel–, el tratado de paz con Prusia. La fijación del plazo de un mes para la firma de la paz por parte de la República mostraba el deseo de llegar a un

acuerdo lo más rápido posible. Pues, según se decía a los españoles “si la paz no es firmada en un mes, estamos decididos a dar orden de demoler las fortificaciones de Rosas, de Figueras, del puerto de Pasajes y de San Sebastián”.

Al final las dos partes llegaron a un acuerdo, que evidentemente beneficiaba a los españoles. En principio, según el preámbulo del tratado, tanto el rey de España como la República francesa mostraban su voluntad de renovar la “buena armonía que ha sido base de la correspondencia de ambos países por tanto tiempo”. Y, aparte de otras concesiones como la cesión en toda propiedad a la República francesa de toda la parte española de la isla de Santo Domingo, la República restituía al rey de España “todas las conquistas que ha hecho en sus Estados en la guerra actual”. De manera que las plazas serían restituidas “con los cañones, municiones de guerra y enseres del servicio de aquellas plazas” que en ellas existieran en el momento de firmarse el tratado.

En el acuerdo, por cierto, ejerció una influencia decisiva una española: la famosa Teresa Cabarrús –“une femme très aimable” y a quien “muchos debían ciertamente mucho” en palabras de Napoleón–, a quien encontraba con frecuencia en los bailes de máscaras según el testimonio de Las Cases. Por entonces, la española era una de las mujeres más elegantes de París y con gran ascendiente en los medios políticos, pues estaba casada con Tallien, miembro muy influyente en el Comité de Salud Pública. Éste pronunció un famoso discurso en la Convención, el 16 de abril de 1795, que conmovió a la opinión pública, al denunciar los horrores cometidos por los franceses en el País Vasco español, en el que proponía la condena de los representantes políticos en la zona. El discurso tuvo tal trascendencia que, al día siguiente, el diario parisiense *Courrier Universel* lo presentó como el preliminar de la paz con España. El eco fue tan grande en la opinión pública francesa que fue reproducido por varios periódicos. Y sus ideas se difundieron en un cartel editado por la Convención.

La intervención de Tallien no fue casual. Estuvo influido por su esposa, la famosa “Madame Thermidor”, quien evidentemente siguió las indicaciones de su padre, que entonces se encontraba en prisión acusado de irregularidades en la dirección del Banco de San Carlos. No se oculta, por otra parte, la habilidad de Godoy, mucho mayor en la intriga que en la di-

plomacia, a la hora de presionar a su vez sobre Cabarrús, quien, de cualquier forma recibió la cantidad de seis millones de reales y, poco después, la libertad.

El tratado se firmó finalmente el 23 de julio de 1795 en medio de la mayor intranquilidad por parte del negociador español Iriarte, “que nunca ha tenido igual” en palabras del francés, a pesar de su habilidad mostrada en las conversaciones disimulando las torpezas contenidas en las instrucciones recibidas de Carlos IV y Godoy. Era natural. Los anteriores días 17 y 19 el ejército francés había ocupado las ciudades de Vitoria y Bilbao. La paz era una cuestión vital para los españoles, y particularmente para Godoy.

Los historiadores han reconocido que el Tratado de Basilea, dadas las circunstancias en que se firmó, fue el mejor que cabía esperar. Y en Madrid fue recibido con grandes muestras de júbilo. Su mayor beneficiario fue Godoy, que restauró ante la opinión pública su deteriorada imagen. Y recibió de los reyes un principado que culminaba la innumerable serie de honores y prebendas que venían recayendo desde 1788 sobre el ambicioso guardia de Corps. Pero la paz con Francia no tardaría en acarrear a España la guerra con Inglaterra. La paz serviría a Francia, según Barthélemy, para detener el descontento social en el sur y eliminar la propaganda contrarrevolucionaria. De momento la política exterior francesa, en manos de los termidorianos, abandonaba la doctrina girondina de extender la revolución. Y, en cualquier caso, Napoleón sacaba para el futuro sus propias consecuencias.

El Tratado de Basilea va a constituir un hecho decisivo en las relaciones futuras entre España y Francia. Suponía una relación más estrecha entre ambos países. En realidad implicaba una alianza ofensivo-defensiva. Y, como ha señalado Emilio La Parra, en virtud de un “cálculo erróneo”, en el que persistirán los sucesivos gobiernos franceses durante la época revolucionaria y el Primer Imperio, Francia estimó de gran utilidad la alianza con España y supeditó a ella determinadas exigencias. Evidentemente, unas veces por exceso y otras por defecto, los franceses no llegaron a percatarse nunca de la realidad de España que, por su parte, entraba en la órbita de la influencia francesa.

Esta influencia, cada vez mayor, convirtió a España en un satélite de Francia durante el Directorio. Y, en mayor medida, después durante el

Consulado y el Primer Imperio. Desde entonces las presiones francesas fueron continuas. Un año después de Basilea se firmó el Tratado de San Ildefonso (agosto de 1796) que, como era de prever, dio lugar a la guerra con Inglaterra varios meses después, a pesar de lo que esto podía significar para España tanto en la metrópoli como en América.

A la hora de decidirse el Gobierno de España abiertamente por Francia, pesó evidentemente la estrella de Napoleón. En el verano de 1796, creció la confianza en el potencial militar francés tras los brillantes resultados diplomáticos y guerreros de Bonaparte en Italia y la ocupación de varias ciudades de Alemania. De tal manera que, como ha señalado La Parra, en estas condiciones “era suicida” objetar cualquier cosa a Francia o realizar alguna actividad exterior sin contar con ella”. Tenía la ventaja también, desde el punto de vista español, de alejar el peligro de un nuevo enfrentamiento militar con los revolucionarios, pues caso de producirse Carlos IV podía correr la misma suerte que Luis XVI. Aun cuando la Convención había sido sustituida por el Directorio que, a ojos vista, imprimió un giro conservador a la revolución.

El Directorio no objetó directamente la pervivencia ni la independencia de la monarquía española pero siguió ejerciendo una presión agobiante sobre el Gobierno. Ahora bien, para los franceses la utilidad de España, como ha señalado el citado historiador, sería “tanto mayor cuanto con más claridad saneara los vicios internos”, de ahí la presión para que España siguiera una política de reformas. Pero una reforma a la francesa y desde presupuestos franceses. Pues como diría en 1798 el embajador Truguet, la misión de la diplomacia francesa en España consistía en “llevar la antorcha de la filosofía y de la razón” para lograr, según decía expresamente, la supresión de la Inquisición, la transformación de los clérigos en funcionarios del Estado y la revitalización de la Marina.

Según Emilio La Parra, el Directorio no toleró a sus representantes diplomáticos pasividad en este punto. Y cuando alguno, como el general Pérignon, embajador desde 1795 hasta 1797, no puso en ello todo su celo se le recriminó. A pesar de que el general, que se había cubierto de gloria en la guerra contra España obteniendo brillantes victorias tras la muerte de Dugommier, fue bien recibido en la corte de Madrid, que temía la llegada de un general *sans-culotte*, desaliñado y de lenguaje grosero. Sus instruc-

ciones eran claras: debía tratar de fusionar la política de los dos países y de asegurarse la participación de España en las guerras de Francia.

La llegada de Perignon a Madrid estuvo fuertemente contestada por los numerosos emigrados franceses, más de seis mil, que le abuchearon. Hasta el punto de que, según escribiría al Directorio, sus entradas y salidas siempre se veían molestadas por los “silbidos de aquellas víboras”. Su gestión en Madrid fue criticada, debido a que era un hombre de maneras corteses y formado bajo el Antiguo Régimen, y porque se mostraba demasiado agradable con la pareja real y el favorito. Pero fue fiel a Napoleón, y éste siempre lo sostuvo. Le hizo senador. Y, después, mariscal y gobernador de Parma.

Artífice del tratado de San Ildefonso, Perignon marca la pauta de cómo los agentes diplomáticos en Madrid ejecutaron la política marcada por el Directorio. Y a la altura de 1796 era evidente que lo que el embajador trataba era conseguir el concurso de la flota española para respaldar las operaciones terrestres de Bonaparte en Italia, con lo que el dominio del Mediterráneo podía ser una realidad. Y en aquellos días España, según el ministro de Marina, don Antonio Valdés, contaba con más de 300 buques de guerra de todos los portes.

La presión francesa fue tan fuerte, tanto en el plano militar como en el comercial o incluso en el ideológico, que los españoles no se fiaban de los franceses. No eran pocos los que seguían temiendo una posible invasión militar en un momento determinado. Una de las causas de ello era el hecho, destacado por La Parra, de que los mismos agentes diplomáticos del Directorio y, en general, los ciudadanos franceses llegados a España solían aludir a la superioridad militar de la República, poniendo como ejemplo la facilidad con que las tropas de Bonaparte operaban en Italia. Y luego estaba el interés especial por Portugal, que era objeto de conversaciones entre los diplomáticos franceses y españoles.

En España, Francia seguía siendo temida por sus ideas. Se desconfiaba de los emigrados, a muchos de los cuales se les consideraba como espías. Para los españoles todos los franceses eran revolucionarios y amigos de la libertad. Incluso las mismas autoridades estuvieron siempre convencidas de que Francia disponía de un “plan sistemático de propaganda”, desarrollado principalmente desde la embajada en Madrid y potenciado por innu-

merables agentes repartidos por todo el país. Según La Parra, a Godoy no le cabía duda de ello porque, a su juicio, todos los diplomáticos de la embajada eran propagandistas, en especial Michel-Ange Manguorit, secretario durante la época del general Perignon, y que al llegar a Madrid se ilusionó con la posibilidad de que en cualquier momento estallara una revolución en España. Evidentemente, todos los empleados de la embajada eran escogidos por su fidelidad republicana. Y con frecuencia hacían gala de su revolucionarismo y de su proselitismo.

Y, por si todo esto fuera poco, la dependencia exterior de Francia era completa. Los ministros españoles, en sus entrevistas con los embajadores franceses, que en Madrid actuaban como auténticos pontífices, les eran siempre sumisos. La guerra contra Inglaterra la evocaban como máximo sacrificio en virtud de la alianza. Lo mismo que el apoyo a las acciones francesas en Italia (Livorno, Parma, Nápoles, Estados Pontificios) o, más adelante, en Portugal. En sus despachos, uno de los embajadores del Directorio diría que algunos de los logros diplomáticos franceses se debían a la inexperiencia del ministro Godoy. Pero después, a medida que Godoy fue adquiriendo experiencia, se hizo evidente la imposibilidad de librarse de la dependencia francesa.

Como ha indicado La Parra, un medio indirecto de valorar la República fue el ejemplo de los triunfos militares de Bonaparte en Italia, aireados convenientemente por los diplomáticos franceses y reseñados en los periódicos extranjeros. Pues se antojaba como inevitable la comparación entre los fracasos de la monarquía española por incrementar su influencia en Italia y el extraordinario progreso de los republicanos en Italia y fuera de ella. La embajada francesa, frecuentada hasta por ciertos curas, se convirtió en un centro difusor, por ejemplo, de las glorias de Bonaparte.

La difusión de tantos éxitos acrecentó el temor de no pocos españoles, que clamaban contra los atropellos de las tropas de Bonaparte contra el papa. Y suscitó un ambiente de hostilidad, que no pasó desapercibido a la misión diplomática francesa. Pues, en marzo de 1799, el embajador Guillemerdet informaba a su ministro de Exteriores, Talleyrand, de la inquietud existente en el seno del gobierno español, “causado tanto por nuestros éxitos y por los rápidos progresos de nuestros principios, como por el estado alarmante de sus finanzas”.

Según el embajador, en España existía un ambiente general de descontento que inclinaba al cambio, y aunque los españoles no amaban a los franceses, todo era propicio para la expansión de la República. Pues el gobierno era consciente de que el primer cañonazo disparado en la frontera sería signo del comienzo de una revolución. En opinión del embajador, "en cuanto el gobierno francés desee una República en España, esta República será un hecho". Y, efectivamente, las opiniones de Guillemerdet no cayeron en el vacío. Pues, aunque el Directorio no pretendió abolir la monarquía, procuró hacer eficaz la alianza de España, que por el momento solo era útil en el aspecto comercial, pero no en el militar, debido a la pésima dotación de su ejército y armada por la crisis económica.

A más corto o largo plazo, los éxitos del Directorio, que no eran otros que los de Bonaparte, hacían previsible una intervención por la fuerza en España. Así lo decía claramente el ministro Talleyrand al Directorio: "Este debe ser, en efecto, el único motivo de mantener la alianza con España. Para esperar cualquier cosa útil de las fuerzas españolas, es preciso que antes cambie la corte de Madrid sus sistema político y militar. Esta mudanza feliz se debe efectuar por la influencia activa y benefactora del gobierno francés". Pocos meses después, el 9 de noviembre de 1799, se producía el 18 Brumario de Napoleón.

LA LEYENDA DE BONAPARTE EN ESPAÑA

Tolón cubrió de gloria a Bonaparte. Fue el comienzo de su fama. Pero todavía el mundo no le conocía. Todo el ejército sabía que era Bonaparte quien había tomado la plaza, pero en París había quien no lo sabía o no quería saberlo. Y, por supuesto, entre los miembros de la flota hispanoinglesa que dejó Tolón tampoco han quedado testimonios coetáneos de su recuerdo. Miembros destacados de la flota que intervinieron en la operación como Gravina, Valdés o Maturana, tendrían ocasión de hablar de sus proezas años después. Pero de momento el nombre de Bonaparte pareció esfumarse. Y transcurrirían unos años aún en hacerse popular en España.

De todas formas la leyenda de Bonaparte se forja en todos sitios como un meteoro. Y a España evidentemente la fama del general "vendimiario"



Napoléon como primer cónsul, retratado por Ingres en 1804, Museo de Bellas Artes, Lieja, Bélgica

no tardó en llegar desde Italia. Sus éxitos allí fueron tan sorprendentes que el mismo lo relataría años después como cosa extraordinaria: “¡Quizás cuando más realmente he gozado haya sido después de mis victorias de Italia! ¡Qué entusiasmo!, qué gritos de ¡Viva el libertador de Italia! ¡A los veinticinco años! Desde entonces he previsto lo que podía llegar a ser. Veía ya el mundo huir por debajo de mí, como si fuese arrebatado por los aires”.

En plena guerra de España, en 1809, cuando Napoleón se encontraba ya en decadencia, diría el general Lassalle que donde más grande había sido el emperador fue en la guerra de Italia: allí fue un héroe. Después sería el emperador. La fama de sus éxitos (Lodi, Arcola, Rivoli) se extiende por doquier. En diecinueve meses el *petit caporal* –como lo apodaron después de Lodi sus soldados– había conquistado Italia y el Tirol, y se encontraba en las puertas de Viena. Por ello tiene razón el premio Nobel Merejkovsky, en su biografía de Napoleón, al decir que en Italia Bonaparte “se había acostado siendo héroe francés; y despertó de la noche a la mañana, convertido en héroe europeo”.

Un testimonio temprano de la fama de Bonaparte en España, a la altura del mes de diciembre de 1796, lo prueba el hecho de que, en Madrid, se decoró la ópera con la bandera tricolor para festejar la victoria de Bonaparte en la batalla de Arcola. Era el día, además, en que se celebraba la función en honor del cumpleaños de la reina María Luisa. Daba la noticia el *Journal des hommes libres*. Un año después, en diciembre de 1797, el embajador español en París, Del Campo, lo describía como “un muchacho reflexivo, de trato agradable, y, como solemos decir, de pocas palabras”.

Por entonces las hazañas de Bonaparte acaparaban ya la conversaciones de los curiosos. Un testimonio muy representativo de ello lo corrobora mejor que mil ejemplos: el de don Juan Antonio Posse, cura por entonces en un pueblecito aislado de las montañas de León, Llánaves, en donde llevaba un diario, que dio a conocer por primera vez, en 1916, don Gumersindo de Azcárate. El testimonio es un ejemplo sorprendente de hasta qué extremo corría por los sitios más alejados del interior de España la fama de Bonaparte.

Según el cura –que más adelante llegó a párroco de San Andrés, pueblecito cercano a León, desde donde ensalzó ante sus feligreses la nueva Constitución de 1812–, su admiración por Bonaparte en aquellos años fue muy grande. “Yo había sido muy adicto a la República, a Napoleón y a la

Francia –escribió–; pero con lo poco que había leído de Mably, había declinado mucho en la defensa de Napoleón”.

Un francés, de nombre Gilbert, le daba noticias. “Trabamos varias conversaciones sobre la Francia, los ejércitos, la expedición de Egipto y otras cosas que me pintaba a su modo con énfasis”. Y cuando el cura le preguntaba al amigo si, en su opinión, la expedición de Egipto, por ejemplo, no era una demencia, aquél le contestaba: “¡Ah, sí! –me decía; pero buscando siempre eflujos para defender su patria–. Ahora acabamos de recibir descalabros acaso irreparables. Con sólo 10.000 hombres que se pudiesen enviar de socorro, bastaría para reparar el ejército y las cosas de la expedición; pero no veo cómo, etc.”

Después de aquella fase heroica, es decir cuando se adueñó de Francia, el cura de San Andrés no dejaría de reconocer, sin embargo, el odio que para entonces le había cobrado al emperador. “Yo –escribe–, que había sido un acérrimo defensor de Napoleón cuando no era más que general de la República, por los talentos militares que le suponía, llegué a concebir un odio invencible contra él después que llegó a dominar la Francia”.

La Gaceta se convirtió en un órgano de difusión de los éxitos de Napoleón. Y la embajada francesa presionó continuamente para que en sus páginas se insertaran sus logros y sus éxitos. Se llegó a exigir que se publicaran los discursos y pasajes que contenían los *Monitores*, al tiempo que se presionaba para que no se incluyeran las noticias de los periódicos ingleses, que rebosaban de injurias contra Bonaparte o los franceses. Y, cuando en ocasiones, aparecía algún escrito sarcástico de los papeles ingleses, entonces era inmediata la protesta del embajador.

La admiración hacia Bonaparte la predicaban los mismos agentes de la embajada francesa en Madrid. De ello da testimonio en sus *Memorias* el propio Godoy cuando, después de la paz de Amiéns, el ciudadano Beurnonville, nuevo embajador francés, que sucedió a Gouvion Saint-Cyr, le dijo quién era el “jefe de la Francia”. Un hombre extraordinario, que no había tomado las riendas del Estado como un usurpador. Un hombre que había terminado con el gobierno “tan endeble como tiránico y violento” de Francia. Un hombre que había salvado al país. Un hombre que había conciliado tantas pasiones divergentes. Y ante quien el país, “reconocido y encantado de sus actos”, le había puesto a la cabeza de por vida, pues no

había otra mano que la suya “para asegurar el orden y para hacer estable la gloria de la Francia”. Razón por la cual Francia estaba contenta y, por decirlo así, “embriagada de su estado presente”.

* * *

Antes de la guerra de la Independencia –la descabellada y cruel aventura napoleónica– hubo en España una visión favorable de Bonaparte. Había puesto fin a la Revolución. Era un héroe. Había conquistado para su país un imperio. Podía servir de modelo para la regeneración de España. Pero, también antes de aquella lucha, empieza a suscitar en la opinión pública española los primeros odios. La guerra de las Naranjas, con la presencia de los soldados franceses en España, suscitó las primeras reacciones. No pudieron pasar por Aragón porque la población los recibió a pedradas, y hubo que llevarlos por Bayona. Hay un rechazo popular evidente. Quizás no solo de Napoleón sino de todo lo que podía oler a francés. En el subconsciente de la población estaba el odio a los “filósofos” y el recuerdo de la guerra de la Convención. La guerra se había hecho pero no la paz.

Esta situación no impedía que se hablara acaloradamente de Bonaparte en los años anteriores a la guerra de la Independencia. “Yo notaba que Napoleón –escribió Godoy en sus *Memorias*– se ganaba en España una celebridad extraordinaria de sabiduría, de talento, de grandeza de ánimo, y, lo que era mucho más, de probidad política”. La causa de todo era, evidentemente, el prestigio de sus triunfos. Pues hubo un momento en que, según el decir del ministro español, se “hacía gala” de ser los aliados de Francia. y sus progresos los miraba “la noble España como suyos, como las glorias de una hermana”. Por supuesto, no se conocía lo que pasaba dentro, mientras desde afuera se veía, y se admiraba, la vuelta al orden, el fin de la anarquía, la sujeción de los partidos, la mejora de las leyes y, particularmente en España, la restauración de los altares.

En 1802 se tradujo al español la primera *Historia de Bonaparte (Primer Cónsul de la República francesa)*, en versión de Antonio Suárez de Mendoza, quien señalaba: “Bonaparte ha combatido y vencido; pero su principal mérito no es el del Gran Capitán: su administración, su fina política, su moderación, sus deseos pacíficos, su anhelo por la felicidad de la

Francia, sus desvelos por la unión y hermandad, he aquí lo que le hará siempre amable a la posteridad más remota”. Trafalgar y, sobre todo, la aventura de 1808 convertirán a Bonaparte del hombre más admirado, y quizás temido, en el hombre más odiado y vituperado en España.